

CONSTRUYE
SOCIEDAD



ideapaís.

Fundación
Hanns
Seidel

SOLIDARIDAD

POLÍTICA Y ECONOMÍA PARA
EL CHILE POSTRANSICIÓN

Claudio Alvarado • Gonzalo Letelier • Cristóbal Ruiz-Tagle
Eduardo Fuentes • Magdalena Vergara • Luis Robert
Álvaro Pezoa • Hugo Herrera • Diego Schalper • Raimundo Monge
Ricardo Irrarrázabal • Joaquín García-Huidobro

Editores:

Antonio Correa F.
Cristián Stewart C.



Solidaridad:
política y economía para
el Chile postransición

Solidaridad: política y economía para el Chile postransición

© IdeaPaís, 2017

Registro de Propiedad Intelectual N°: 283111

ISBN: 978-956-9927-01-0

Edición de 1.000 ejemplares, septiembre de 2017

Editado por la Fundación IdeaPaís, Apoquindo 4760, Las Condes, Santiago,
en colaboración con la Fundación Hanns Seidel y Construye Sociedad.

Derechos reservados. Ni la totalidad ni parte alguna de este libro puede ser
reproducida sin permiso escrito del editor.

Producción gráfica

Isidora Nicolás

Imagen de portada

“Agua de la vida”, escultura de Mario Irarrázabal

Fotografía de portada

Fernando Maldonado

Editor de texto

Rodrigo Herrera

Editores generales

Antonio Correa

Cristián Stewart

Coordinador general

Luis Robert

Impreso por Andros © Impresores

Solidaridad: política y economía para el Chile postransición

Editores:
Antonio Correa F.
Cristián Stewart C.

CONSTRUYE
SOCIEDAD



ideapaís.



Fundación
Hanns
Seidel

ÁGUA DE LA VIDA FUE CREADA EN 2014 PARA UN PATIO MUY CONCURRIDO DE LA CASA CENTRAL DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, PERO EL TEMA ME VENÍA RONDANDO DESDE 1994. QUISE HACER UN GRUPO DE PERSONAS SUELTAS, SALIDAS DE DISTINTOS ÁMBITOS Y OCUPACIONES QUE SE ACERCAN EN TORNO A UN MANANTIAL DE AGUA QUE BROTA AL CENTRO. EL AGUA ES SIGNO DE VIDA, PUES CONGREGA A DIFERENTES PERSONAS QUEDANDO SIEMPRE ESPACIOS LIBRES PARA INCORPORAR A OTROS. LAS PERSONAS NO ESTÁN IDEALIZADAS, HAY DE TODAS LAS EDADES Y TIPOS DE FACCIÓNES. ASÍ TODOS SE SIENTES ACEPTADOS, PERO ES EL AGUA VIVA LO QUE CONGREGA Y DA SENTIDO.

MARIO IRARRÁZABAL COVARRUBIAS

Índice

PRÓLOGO	13
<i>Antonio Correa Ferrer - Cristián Stewart Claro</i>	
SOLIDARIDAD: ASPECTOS TEÓRICOS	25
¿Por qué Solidaridad?	27
<i>Claudio Alvarado Rojas</i>	
Solidaridad: ¿Un nuevo principio social?	38
<i>Gonzalo Letelier Widow</i>	
Solidaridad: Más que un recurso retórico	50
<i>Eduardo Fuentes Caro - Cristóbal Ruiz-Tagle Coloma</i>	
SOLIDARIDAD: POLÍTICA Y ECONOMÍA	69
Solidaridad: Esbozo histórico de un principio	71
<i>Magdalena Vergara Vial - Luis Robert Valdés</i>	
Solidaridad y Economía de libre mercado: ¿compatibles?	86
<i>Álvaro Pezoa Bissieres</i>	
Nacionalismo y republicanism: Una propuesta política	97
<i>Hugo Herrera Arellano</i>	
SOLIDARIDAD: INSTITUCIONES Y POLÍTICAS PÚBLICAS	111
Derechos sociales y metas solidarias	113
<i>Diego Schalper Sepúlveda</i>	
Sistema de Salud en Chile: Un desafío desde la solidaridad	130
<i>Raimundo Monge Valdés</i>	
Solidaridad ambiental: <i>Finis Terrae</i> herido	145
<i>Ricardo Irarrázabal Sánchez</i>	
EPÍLOGO	157
<i>Joaquín García-Huidobro Correa</i>	

PRÓLOGO

Prólogo

*¡Qué importa que este corazón deje de latir,
si hay miles de corazones presentes que seguirán nuestro camino!*

Eduardo Cruz-Coke, candidatura presidencial de 1946.

I. Un desafío generacional

El libro que prologamos nace a partir de la inquietud por cristalizar las conclusiones del seminario “Solidaridad y desarrollo humano: desafíos políticos”, que realizamos el pasado 18 de agosto del año 2016, en el “Día de la Solidaridad”, hecho que manifiesta una realidad que, para las instituciones organizadoras, resultó muy profunda y significativa. No obstante, los textos que componen este libro son el resultado de reflexiones realizadas por una generación de personas que, de una u otra forma, se han visto representadas o interpeladas por la solidaridad y han asumido, desde sus distintas posiciones, un desafío político de largo aliento, unidas en torno a una reflexión continua sobre la realidad social de Chile.

Con todo, en nuestros días no es fácil escribir sobre los desafíos políticos de la solidaridad, sobre todo en momentos en que es particularmente difícil hablar y dedicarse a la política. Las causas están lejos de ser fortuitas. Durante la década de los sesenta y setenta, la política nacional fue extremadamente partidista, sin dar cabida a lo que sucedía fuera de ella, particularmente en la sociedad civil. Ello facilitó, lamentablemente, que en las décadas siguientes se generara el fenómeno contrario: una acentuada despolitización de la sociedad que ha tenido un avance creciente hasta la fecha.

Estos fenómenos, aparentemente distintos, son convergentes, en cuanto han ocasionado que nuestras instituciones no enfrenten adecuadamente los desafíos del nuevo Chile que emergió de la transición, con aspectos positivos importantes en gobernabilidad y progreso económico, pero con carencias sociales manifiestas en numerosos ámbitos, tales como educación, pensiones, salud o vivienda, por citar solo algunos. Creemos que, parte importante de esta despolitización se explica por un acentuado individualismo *a la chilena*, pilar indisociable de un modelo de desarrollo

concretado en los tiempos del régimen militar, que nos ha otorgado avances inéditos en materia económica, pero que, al mismo tiempo, propició un descontento y un déficit cívico que nuestra dirigencia política aún no sabe interpretar ni cómo contestar.

Por ello, a pesar de nuestra incipiente experiencia, pero con la firmeza de las convicciones, las instituciones que patrocinan esta obra asumieron hace algunos años el desafío de comenzar el camino de tomarnos la política con la seriedad que se merece. Se trata del desafío de influir en la discusión pública no simplemente a base de “cuñas”, ni tampoco a cambio de unos pocos escaños electorales, sino con el objeto de ayudar a superar la lógica de trincheras que, a consecuencia del referido malestar, ha comenzado a instalarse lenta —pero exitosamente— en nuestro país.

En tal contexto, una de nuestras primeras decisiones se abocó a construir una comunidad humana —creciente—, que trascienda la coyuntura y la mentalidad de corto plazo, para dedicarse en forma mancomunada a la promoción activa de ciertas ideas políticas y sociales, adecuadas y razonables, para nuestro tercer siglo de vida independiente. Una comunidad que se ha ido forjando y comprende, entre otras instituciones afines, amigos y cercanos, a la Fundación IdeaPaís y al movimiento político Construye Sociedad. Estas dos agrupaciones, desde el comienzo, han generado lazos comunes de amistad, ampliando sus fronteras y, por lo mismo, han podido —no sin muchos aprendizajes en el camino— ganarse una posición en nuestro espacio público, lo cual supone enormes responsabilidades e incontables desafíos.

II. La solidaridad y el Chile de hoy

Entre los movimientos sociales y culturales que hoy se despliegan al interior de la sociedad civil, existe un valor, una idea básica, que se repite en distintos espacios y momentos cada vez con mayor fuerza, pese a que no todos se refieren a ella de la misma manera, ni con el mismo interés. Se trata de la *solidaridad*. Quienes hemos seguido de cerca este camino, no aspiramos, sin embargo, a refundar nuestro país a base de “reformas estructurales” voluntaristas, sino a actualizar, sobre la base de la realidad chilena y las experiencias internacionales que nos han servido de inspiración, una rica tradición de pensamiento que se ha desplegado en el mundo entero.

En el periodo de Guerra Fría, por ejemplo, es importante destacar el aporte del célebre movimiento social y sindicato polaco “*Solidarność*”, inspirado en las enseñanzas sociales del cristianismo, que contribuyó a la caída de la Unión Soviética en momentos cuando solo era posible soñar en derrotar el comunismo. En nuestro país, por su parte, han destacado importantes políticos a lo largo de la historia, que han intentado hacerse parte ante los ideales de la solidaridad siendo precursores de una mirada desde lo que actualmente llamamos justicia social a los problemas políticos de su tiempo. De hecho, desde el interior del Partido Conservador se gestó una importante masa crítica de políticos que comenzaron paulatinamente a hacerse conscientes del impacto de la pobreza y los males sociales de la época. Tanto así que desde muchos de ellos surgieron las primeras iniciativas de leyes sociales que conocemos en el país: la Ley de Habitaciones Obreras, de 1906 (Juan Enrique Concha); Ley de Descanso Dominical, de 1907 (Alejandro Hunneus), y la Ley de Accidentes del Trabajo, de 1916 (Alfredo Barros Errázuriz). Además, podemos contar con la Caja de Crédito Popular, en 1920, iniciativa de Francisco Hunneus; el Seguro Obligatorio, de 1924 (Exequiel González Cortés); la Organización Sindical, de 1924 (Carlos Aldunate, Alfredo Barros, Joaquín Echenique, Pedro Correa, Rafael Urrejola, Silvestre Ochagavía y Rafael Ariztía); la Ley de Cooperativas, de 1924 (Pedro Correa Ovalle y Juan Enrique Concha); la creación de la Dirección General de Protección de Menores y Reformatorios, en 1928 (Horacio Aránguiz y Joaquín Tagle), sin contar con gran parte del texto legal del Código del Trabajo, el cual fue redactado en su gran mayoría por el senador Juan Enrique Concha, entre otros conservadores¹.

En tiempos más recientes encontramos la palabra solidaridad asociada a distintas iniciativas. Por ejemplo, la Vicaría de la Solidaridad luchó por el respeto de la dignidad y los derechos humanos, entregando protección a los perseguidos políticos; o también, un sinnúmero de organizaciones de la sociedad civil, como la Teletón o el Hogar de Cristo, que, tanto ayer como hoy, promueven la solidaridad con el fin de acompañar e incluir en la sociedad a las personas en vulnerabilidad, o que

1 Posteriormente, se desarrollaron otras corrientes de socialcristianos al interior del Partido Conservador. Entre ellos, destaca el Partido Conservador Socialcristiano y la Falange Nacional, futura Democracia Cristiana. Ver Pereira, Teresa (1994). *El Partido Conservador: 1930-1965, ideas, figuras y actitudes*. Santiago: Fundación Mario Góngora, y Silva Bascuñán, Alejandro (1949). *Una experiencia socialcristiana*. Santiago: Editorial del Pacífico.

tienen capacidades diferentes. En el plano económico, un influjo parecido puede reflejarse en la evolución de la economía social de mercado, la cual se ha replanteado y renovado en muchos países del mundo como una “economía solidaria de mercado”, tal como ha venido proponiendo en nuestro medio el exdiputado sueco e historiador chileno, Mauricio Rojas².

En suma, son numerosas actividades y espacios que convergen en una misma idea, los cuales nos plantean la necesidad de actuar, más allá de nuestras diferencias, de manera coordinada entre las organizaciones y las personas, uniéndonos y vinculándonos con base en una experiencia común. La intención primordial de este libro se sustenta en que el contenido de la solidaridad va mucho más allá de un conjunto de favores o donaciones excepcionales. La generosidad espontánea es algo muy positivo —sin ella las relaciones humanas se vuelven frías y mecánicas—, pero hace falta algo más, que supere la mera generosidad individual y la asfixiante intervención estatal, que denote una preocupación permanente por los más débiles y marginados. En ese sentido, el desafío de la solidaridad es mucho mayor: las personas, sin excepción, estamos llamadas a ser protagonistas de nuestro propio destino, pero involucrando también al destino común que nos une como sociedad. La constatación de que la sociedad no es un simple medio o instrumento para el desarrollo del hombre nos hace ver que *en* ella, y no *por* ella, es donde conseguimos desarrollarnos. La responsabilidad de que este espacio de desarrollo sea asequible para todos y que su orientación sea al verdadero bien común es una responsabilidad compartida por cada uno de quienes componen el cuerpo social. Por lo mismo, la solidaridad —a diferencia de lo que caricaturizan algunos— no implica ni una sociedad más estatizada, sino que “todos se sientan responsables de todos”³, ya sea desde la participación personal, a través de la sociedad civil, o mediante los correctos incentivos e instituciones sociales.

III. Principio de solidaridad

La apuesta por la solidaridad no está exenta de inconvenientes. No son pocos quienes nos han invitado a buscar un concepto menos presto a los equívocos

² Una reciente obra que sinteriza estas ideas. Cfr. Rojas, Mauricio (2014). *Suecia, el otro modelo: del Estado benefactor al Estado solidario*. Santiago: Fundación para el Progreso.

³ Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 38.

o las malas interpretaciones. El problema, sin embargo, es que la disputa política es por esencia de palabras y de simbología. En rigor, parte importante de la polémica pública consiste en la definición y articulación de conceptos políticos que persiguen explicar y coordinar nuestra vida en sociedad. Por ello, sería una renuncia —y una derrota anticipada— abandonar las propias ideas ante la dificultad de precisarlas, sin buscar redefinirlas y disputarlas, sobre todo cuando sus raíces conceptuales y sus perspectivas son tan ricas y pertinentes. Esto es lo que ocurre con tantos conceptos que articulan la actividad política y, particularmente, con la solidaridad.

El libro está dividido en tres capítulos, los que a su vez son expresión de diferentes niveles de análisis. El primero, titulado “Solidaridad: aspectos teóricos”, comienza con la reflexión de Claudio Alvarado, quien destaca el renovado interés que existe por la solidaridad en la centroderecha, resaltando, además, que las dificultades que sufre Chile guardan directa relación con la falta de vínculos sociales robustos, contexto en el que resulta lógico apelar a la solidaridad. Por lo mismo, plantea que ningún principio social es autosuficiente, en especial el de subsidiariedad, que ha hegemonizado la institucionalidad de la transición. Una contribución similar realiza Gonzalo Letelier considera que la novedad sobre la solidaridad se esclarece con mayor facilidad si previamente nos preguntamos por qué hablamos de ella. El autor, en sintonía con el resto de los autores, considera que el núcleo de la solidaridad estriba en el hecho empírico de que los hombres son interdependientes entre sí, realidad que explica que la solidaridad sea un principio social y no un añadido externo, de donde surge espontáneamente como virtud. Por eso, concluye, aduciendo que el interés contemporáneo por la solidaridad radica mucho más en el nombre que en su contenido, puesto que las relaciones de amistad o de solidaridad son un hecho de larga data, que se han visto alteradas en el mundo moderno, lo que no significa que estén inhabilitadas para volver a explicar los vínculos sociales. Por último, Cristóbal Ruiz-Tagle y Eduardo Fuentes, quienes se preguntan por qué debería importarnos la solidaridad en cuanto principio político. Para ambos autores, la solidaridad es “orden” antes que “distribución”, cuestionando el criterio de repartición de bienes con el que usualmente se califica a las relaciones de solidaridad. Además, arguyen que una sociedad solidaria supone problematizar los supuestos de racionalidad dominantes en las ciencias sociales, en la que juegan un papel relevante los intereses individuales de los sujetos, olvidando la perspectiva

comunitaria. Para ello, desarrollan el concepto de interdependencia en tres niveles distintos, el que vinculan con el diseño institucional y la creación de políticas públicas.

En una segunda sección, de nombre “Solidaridad: política y economía”, Magdalena Vergara y Luis Robert plantean que el principio de solidaridad no es una abstracción teórica, sino un principio real, con nítidos antecedentes históricos en nuestra tradición institucional. Para ambos autores, cualquiera que sea la perspectiva filosófica que reflexione sobre la solidaridad, esta debe apoyarse en la realidad histórica, puesto que muchas de las instituciones chilenas, algunas aún vigentes y otras extintas, contienen elementos que coinciden con el contenido de la solidaridad, o que pueden servir de inspiración para futuros arreglos institucionales. Todas ellas se pueden rastrear tanto en el derecho indiano como en el derecho nacional. Por ello, los autores, apoyándose en el juicio de destacados historiadores de las vertientes cercanas a nuestra tradición de pensamiento, sostienen que la reforma y modernización del Estado debe incorporar no solo criterios cuantitativos, sino también cualitativos, es decir, elementos que faciliten preguntarse por los fines de la autoridad política y la forma en que las personas y los grupos viven en común y aprovechan las instituciones. Álvaro Pezoa, por su parte, reflexiona sobre las posibilidades de conexión entre economía de libre mercado y la aplicación práctica del principio de solidaridad en la sociedad actual. El autor asume que la promoción del principio de solidaridad reside esencialmente en el cambio de los supuestos antropológicos en los que se edifica el mercado mismo. Por ello, junto con cuestionar el consenso de la teoría liberal de mercado, para el cual la maximización de utilidad es el incentivo principal de los agentes de la economía, se inclina —inspirándose en el modelo de economía social de mercado alemana— por preferir la incorporación del principio de solidaridad en el mercado mismo. Hugo Herrera, en tanto, puntualiza que la legitimidad del sistema político pasa por combinar de manera adecuada los principios republicano y nacional. El primero lo identifica con la dispersión. El segundo, con la integración y la solidaridad, la cual vincula con el hecho de que toda república debe operar sobre la base del hecho de la interdependencia para mantener vigente su unidad política.

En una tercera y última sección, denominada “Solidaridad: instituciones y políticas públicas”, Diego Schalper, en un contexto en el que los derechos sociales han sido el eje estructural de los discursos políticos de

la centro-izquierda, revisa las principales posturas propuestas en el ámbito de la doctrina jurídica de nuestro país. El autor, en base a las distintas posturas divergentes sobre los derechos sociales, propone una tercera que no supone ni negar la existencia de los derechos sociales ni tampoco absolutizarlos. Con base en el constitucionalismo alemán y con el objeto de aportar al debate constitucional en curso, propone consagrar constitucionalmente las llamadas “metas solidarias”, las cuales se caracterizan por estar abiertas a elevar los niveles mínimos de condicionales sociales de vida digna, la corresponsabilidad público-privada y la dedicación preferencial por aquellos que están en situación de necesidad. En el mismo plano, aunque desde la perspectiva de las políticas públicas, Raimundo Monge cree que solo a través de la entrega oportuna de prestaciones de calidad lograremos construir un sistema solidario que beneficie a todos los chilenos. Para ello, reflexiona sobre los desafíos del sistema de salud chileno y la importancia de incorporar, entre sus presupuestos, el principio de solidaridad en sus dimensiones intrageneracional e intergeneracional. Para ello, desarrolla en detalle algunas propuestas de salud, las cuales compatibilizan la responsabilidad fiscal y un trato preferente por los más débiles de nuestra sociedad. Entre sus propuestas más importantes se cuentan, mejoras a la institucionalidad de la salud, tales como fortalecimiento al sistema de atención primaria, gobierno corporativo en hospitales; mejoras en las transferencias de los recursos y formación de especialistas para Chile; AUGE Adulto mayor; mejor uso de tecnologías; y solidaridad garantizada en los planes básicos de las isapres. Desde el punto de vista de la necesidad de una solidaridad ambiental, Ricardo Irarrázabal, plantea que cualquier arreglo institucional sobre la materia debe prever una correcta aplicación y articulación entre el principio de la primacía de la persona humana, el principio conciliador o de sustentabilidad y el principio de solidaridad ambiental. El autor resalta la relevancia de la solidaridad, por cuanto, hasta la fecha, no existe un principio que opere en términos correctivos sobre la institucionalidad ambiental y, además, establezca instrumentos de gestión ambiental que aseguren un entorno adecuado para el desarrollo de la persona humana, tanto en el presente como de las generaciones futuras. Por último, Joaquín García-Huidobro epiloga con una reflexión política sobre el tipo de unidad que debiese tener la centro-derecha del futuro. Para el autor, existen buenas razones para ser optimistas y mirar el “vaso medio lleno”. Por una parte, le parece que en un escenario donde ya no existe sistema

binominal, ni tampoco financiamiento por parte de las empresas, la derecha podrá generar mayor credibilidad y legitimidad, representando electores y no intereses que no resultan del todo claros. Por otra parte, la generación de intelectuales políticos que han surgido en la centroderecha, a juicio de García-Huidobro, son una novedad en el sector, puesto que no se aproximan solamente a la realidad desde disciplinas como el derecho o la historia, sino a partir de un prisma más comprensivo y político, que les permite enfrentar el sofisticado aparato teórico de la centroizquierda sin ningún complejo de inferioridad. La fluida relación entre sus nuevos centros de pensamiento y los futuros políticos del sector es un signo esperanzador, que marca un antes y un después en la historia de la derecha nacional.

IV. Nuestro desafío

Esta publicación viene a ser la culminación de un proceso de apertura y crecimiento, que se ha gestado paulatinamente y con múltiples aportes personales a lo largo de estos años. Construir y mantener este colectivo humano y organizarnos en conjunto no siempre ha sido fácil, pues ha implicado sobreponer lo común a nuestras legítimas miradas individuales, respetando tiempos y aspiraciones que no siempre son las propias. En definitiva, en nuestro trabajo y proyección, hemos intentando concretar la vivencia de la solidaridad. Gracias a Dios, la presente publicación significa el inicio de un proceso que partió con incipientes inquietudes, y que hoy se convierte en un proyecto político incipiente, pero promisorio; un proceso que partió con semilleros de jóvenes, y que hoy se consolida en vocaciones y proyectos de vidas —tanto políticas, como académicas—; el inicio de un proceso construido sobre la base de la amistad y principios comunes, y que hoy comienza a proyectarse políticamente como un todo que tiene la ambición de cambiar el país.

Queremos agradecer especialmente a todos quienes hicieron posible este libro. En primer lugar, a cada uno de los autores que solidariamente han colaborado en la gestación de este libro. A la Fundación Hanns Seidel, que nos ha acompañado también en otros proyectos y que ha creído en la necesidad de contribuir al desarrollo de una sociedad más humana, justa y solidaria. Nos sentimos en especial deuda con ellos, puesto que, de otra manera, este libro quizás no habría sido publicado. A quienes trabajan en

IdeaPaís y Construye Sociedad, por su colaboración constante y particular esfuerzo para lograr sacar adelante estas iniciativas; especialmente a Isidora Nicolás, quien contribuyó con el diseño y diagramación. Su paciencia y generosidad al trabajar han sido fundamentales para que este trabajo pudiese llegar a feliz término. También agradecemos a Mario Irarrázabal Covarrubias, destacado escultor nacional, quien generosamente nos autorizó a emplear una fotografía de su obra “Agua de la vida” para incorporarla en la portada de nuestro libro. La elección de esta escultura no ha sido azarosa, pues supone el símbolo de nuestro proceso, de muchas personas de diferentes lugares, orígenes y posiciones sociales en torno a una raíz común, que se ve expresada en la solidaridad. Por último, pero no menos importante, a todos quienes han creído en estas instituciones durante el tiempo y han permitido nuestra subsistencia, aportando ya sea económicamente o con valiosas sugerencias y críticas, que tanto IdeaPaís como Construye Sociedad agradecen. A todos ellos, muchas gracias, este trabajo no sería posible sin ustedes.

Santiago, 18 de agosto de 2017

Antonio Correa Ferrer

Director ejecutivo de IdeaPaís

Cristián Stewart Claro

Ex coordinador general Construye Sociedad

